

LA VIOLETA,

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

SUMARIO.

Una pobre niña y la Caridad cristiana.—En el album de la señora doña Adelaida Domenech.—La Roca de las dos hermanas, leyenda, por Henri Nevire.—Fé y Esperanza, poesía.—MORAL: El respeto á la familia.—Revista de la semana. Album de *La Violeta*.—MODAS: Correo de señoritas.—Advertencia.

UNA POBRE NIÑA

Y LA CARIDAD CRISTIANA.

(Conclusion.)

II.

Al otro día, cerca de oraciones, dos señoras elegantemente vestidas de negro, visitaban una pobre bohardilla, y se arrodillaban una á cada lado de un lecho miserable, donde habia una mujer, joven aún, pero pálida y cadavérica.

Las señoras, piadosas y buenas, se acercaron á aquel lecho, formado de girones, como lo harían al ir á reposar en sus camas de Holanda y damasco, sin aprension ni escrúpulo.

¡Qué contraste formaban sus rostros animosos y sonrosados, con la cadavérica faz de la enferma! ¡Qué paralelo entre aquella mano descarnada, que oprimian entre las suyas, los guantes perfumados de las damas aristocráticas!

La doliente lloraba, pero era de agradecimiento y gozo; y las caritativas señoras, de la expansion dulcísima que produce una obra de caridad.

—¡Ves, madre mia, ves,—dijo la niña llorando,—cómo la Virgen nos envía socorro!

—¡Sí, hija mia, sí! por medio de nuestra piadosa Soberana Doña Isabel II;—dijo una de las señoras, arrasados los ojos de entusiasmo. Ayer entraron sus banderas triunfantes en Tetuan, y hoy reparte en albricias cantidades para los pobres. Porque nuestra piadosa Reina siempre solemniza los grandes hechos y los festivos días con obras que hacen derramar lágrimas de ternura al pueblo que tanto la admira.

¿Cómo quereis que las damas españolas no se apresuren á ser piadosas, cristianas y caritativas, cuando tienen al frente una Hermana de la Caridad en la Reina de España?

Cuando Nerón ó Diocleciano hacían devorar hombres en sus imperios por el gusto de ver á las fieras encenagarse en destrozor cuerpos humanos, todos corrían á los sangrientos circos á participar de estos espectáculos. Las damas se ataviaban con esmero para presenciarlos, y su belleza no se alteraba en medio de aquella espantosa carnicería.

Los pueblos los forman los Reyes, y la virtud y religiosidad de su gobierno.

Sin catolicismo, no hay nada.

Por mucha civilización que tenga un pueblo, siempre será sanguinario y cruel, si no tiene por base la religion.

Los chinos, con sus grandes adelantos en las artes, su industria, riqueza y laboriosidad, arrojan sus hijos acabados de nacer en medio de las plazas y calles, ó en los sitios más inmundos, para que sean devorados por los animales hambrientos.

Estos son los efectos del paganismo cruel.

La España es feliz, porque es católica verdadera, y porque tiene una Reina tan cristiana como piadosa, que siempre se acuerda del pobre y le llama hermano.

Los que la rodean imitan su ejemplo, y el pueblo se arrodilla, no por el temor y la amenaza, sino por el cariño y respeto que les inspiran las grandes acciones.

—Roguemos, madre mia, roguemos por la madre de los pobres,—dijo la niña interrumpiendo á la piadosa señora.

—Roguemos, sí, hija mia, respondió la madre, porque la Reina doña Isabel II envía el bien y la caridad á nuestra humilde casa.

.

III.

La niña no volvió á pedir limosna. Con frecuencia iban á socorrerla aquellas buenas señoras.

ras; y madre é hija pedían á Dios de continuo por la Reina de España y por las almas caritativas que imitan su ejemplo.

ROGELIA LEON.

27, noviembre, 1862.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA ADELAIDA DOMENECH.

No sé si eres hermosa,
Pero sé, Adela,
Si la Grasi no miente,
Que tu alma es buena;
Y siendo un ángel,
¿Cómo es posible tengas
Feo el semblante?

No sé lo que en el mundo
Se llama bello,
Que para mí es hermoso
Solo lo bueno,
Y nunca Adela
Del árbol me enamoro
Por la corteza.

Como el naturalista:
En plantas raras,
Ignoradas virtudes
Busco en las almas,
Y como en ellas,
Desdeñando las formas
Amo la esencia.

Si todo lo que es bueno,
Bella Adelita,
Cautiva desde luego
Mis simpatías,
No será mucho,
Que de mi pobre ingenio
Te ofrezca el fruto.

Por no estar cultivado
No es malo, Adela,
Hay flores naturales
Que son muy bellas,
Y dentro de mi alma
Jamás ha florecido
La hierva mala.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

LA ROCA DE LAS DOS HERMANAS,

LEYENDA POR HENRI NEVIRE.

(Conclusion.)

Un día, sin embargo, la tentación fué muy fuerte, y con toda clase de precauciones para no ser descubiertas, se deslizaron como dos culebras al través de los peñascos, matorrales y helechos, y llegaron arrastrándose hasta la entrada de la gruta.

Las hijas de Daunos, criaturas imprudentes, sin reflexión alguna, arrojaron una mirada indiscreta en aquel sombrío asilo, que era prohibido á los profanos. Lo que vieron debió ser muy terrible, porque llenas de espanto y de angustia no pudieron contener un grito, y se lanzaron, á riesgo de sufrir mil muertes, sobre la pendiente de las rocas, regresando pálidas, fatigosas y despavoridas á la cabaña de su padre.

Un druida llegó al mismo tiempo que ellas: su grito las había descubierto.

Entre los galos era un crimen de muerte sorprender los misterios del culto sin estar iniciado en ellos. El emisario de los druidas presentóse, pues, á reclamar dos víctimas. Daunos estaba loco de desesperación; pero era preciso obedecer: la ley religiosa era inflexible; y todo el país, levantándose en masa, hubiérale dado muerte á pedradas á él y á sus hijas á la menor sombra de resistencia que hicieran.

Sin embargo, el druida, conmovido por sus lágrimas, le propuso un medio de salvación; pero este era tan cruel casi como la muerte.

Fué necesario que una de las hermanas consintiese en seguirle, consagrándose al culto en calidad de druidesa si querían salvarse, debiendo siempre permanecer separada de su padre, de su hermana, de sus amigos y compañeras de infancia; abandonar el hogar de su familia y guardar eternamente el celibato de las sacerdotisas.

El pobre padre experimentó la más horrible de las torturas morales. Miraba á una y á otra, igualmente queridas para su corazón, y no podía decidirse al sacrificio. El druida esperaba impasible.

De repente, Domicia se arrojó en los brazos del afligido anciano, y le dijo con una energía singular:

—Consolaos, padre mio, y tú, Valéria; no lloreis más. Yo seré druidesa; podreis verme una vez al año, cuando con la hoz de oro vaya á cortar el *gui* sagrado sobre los robustos robles.

Y abrazando por última vez á Daunos y á Valéria, siguió al druida, llevándose la mitad del corazón de aquellos infelices, que anegados en lágrimas quedaban en la pobre cabaña.

Como otra Vellida, fué superior entre los druidas, habiendo sido iniciada en los misterios del

culto nacional, poderoso y respetado por todos los pueblos galos; pero guardó siempre en el fondo de su corazón el inconsolable recuerdo de estas ternuras de familia, que no se reemplazan con nada, y que ella no había de probar más.

Daunos sobrevivió cinco años á la partida de su hija: Valéria tenía doce cuando le cerró los ojos, quedando la triste niña pobre y sola sobre la tierra. Su carácter tierno y melancólico adquirió en estas pruebas precoces de la vida una resignación dulce y una bondad verdaderamente angelical, que la conducía por la gloriosa senda del martirio cristiano; pues en la época á que se refiere este asunto, presentábanse ya interesantes y numerosos modelos. Valéria no tardó en pertenecer á esta milicia sagrada.

Movida de su juventud é infortunio, una viuda cristiana, que residía retirada en Moretusa, la recojió en su casa y tuvo el cuidado de instruirla hasta obtener su conversión.

Valéria tomó el velo y pronunció los votos: por un destino singular, las dos hijas de Daunos eran vestales.

II.

Algunos años después, un pequeño grupo de cristianos, huyendo de la persecución romana, que había penetrado hasta lo más retirado del imperio, fueron á refugiarse en la selva de Fontainebleau. Los fugitivos eran guiados por Valéria, que les había prometido un asilo donde jamás penetró ningún soldado romano.

El peligro era apremiante, porque el gobernador de la provincia romana Publius se hallaba sobre las huellas de los cristianos, y los perseguía sin descanso á la cabeza de un numeroso destacamento.

Llegaron por fin dirigidos por Valéria á la gruta que ya conocemos, y se arrojaron á ella precipitados, dando gracias á Dios.

Más apenas habían dado algunos pasos, unos hombres vestidos de blanco, de aspecto fiero y amenazador, les impidieron el paso. Estos hombres eran los druidas que en otro tiempo habían arrancado á Domicia del seno de su familia.

—¿Quiénes sois?—preguntaron á los recién llegados.

—Nosotros somos cristianos, y venimos huyendo de la persecución que Roma nos hace.

A estas palabras se levantó un murmullo confuso, que podía interpretarse de diversos modos.

Perseguidos por Roma, aquellos extranjeros eran amigos de los druidas; pero cristianos, eran enemigos. Por otra parte, ¿no atraían ellos la persecución del enemigo común, y descubrían su retiro, hasta entonces inviolable, comprometiendo y manchando este último santuario del culto galo?

Esta consideración les hizo mucha fuerza; é

iban á pasar á demostraciones más hostiles, cuando un druida gritó con voz fuerte:

—Deteneos; la sacerdotisa llega: ella decidirá su suerte.

Apenas pronunció estas palabras, una joven, como de veinte años, vestida con una larga túnica blanca y una corona de hojas de encina en la cabeza, entró magestuosamente en la gruta.

Valéria, al verla, experimentó una emoción terrible. La miró con más cuidado; y de repente, poniendo la mano sobre su corazón para acallar sus latidos, exclamó en voz baja y temblorosa:

—¡Domicia! ¡Mi hermana tan amada!...

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en callado acento, las oyó la sacerdotisa, y volviéndose con viveza, dirigió á Valéria una mirada de inefable ternura, poniendo al propio tiempo un dedo sobre sus labios para recomendarla el silencio.

Entre los druidas, una sacerdotisa era siempre considerada; más perdía todo su ascendiente en el momento de reconocer á cualquier individuo de su familia ó de dirigirle la palabra.

—¡Virgen sagrada!—dijo un druida de venerable barba blanca dirigiéndose con respeto á Domicia:—vé aquí unos extranjeros que se apellidan cristianos y que reclaman la hospitalidad de Teutales, después de haber invadido su santuario. ¿Cómo se les ha de recibir?

Domicia permaneció meditabunda un instante.

Ya los cristianos se preparaban al martirio: solo Valéria, al verse reconocida por su hermana, concibió una lisonjera esperanza.

La joven sacerdotisa levantó la cabeza, y con voz grave, exclamó:

—Estos cristianos son hermanos; Teutales ordena que vivan: sean bien recibidos.

Todos los druidas inclinaron la cabeza al oír este decreto por una boca inspirada. Los cristianos, que se disponían á sacrificar momentos antes, fueron tratados como hermanos, considerándolos como huéspedes enviados por la divinidad.

Empero semejante dicha fué de corta duración: un ruido de pisadas de hombres y caballos, mezclado con el choque de las armas que traían, se dejó sentir en las inmediaciones de la caverna.

Publius había hallado la pista de los cristianos, y avanzaba hacia el retiro donde encontraron asilo, animando á sus tropas con la esperanza de un próximo degüello. El azar le brindaba en este día una doble presa, presentándole reunidos los druidas y los cristianos, á quienes perseguía igualmente.

Ya los soldados ocupaban la entrada de la gruta; y de repente el clarín dejó oír su tocata belicosa. Entonces apareció una escena dramática, en la que se manifestaba el contraste sorprendente de los dos cultos. Los druidas, padres

y guerreros, aparecían con sus armas, que tenían ocultas, en el fondo de la caverna, saliendo en masa y precipitándose con ímpetu irresistible sobre los invasores, cantando á una voz el antiguo himno nacional de los galos.

Los cristianos, agrupados alrededor de Valéria, esperaban con resignación el éxito incierto de esta lucha, donde los druidas combatían en la proporción de veinte contra uno, y entonaban también humildemente sus cánticos sagrados.

Domicia, en pie á la entrada de la gruta, sostenía con su presencia y sus exhortaciones el heroico valor de los guerreros.

Durante algun tiempo no se oyó más que el ruido del combate, los gritos de rabia de los que acometían y los lamentos de los heridos.

Bien pronto quedó todo en silencio; el último druida había sucumbido: al combate sucedió el degüello, siendo la suerte de los cristianos la misma que la de los druidas.

La noche empezó á tender sobre aquella escena de horror su fúnebre manto; y los romanos, embriagados con su doble triunfo, acamparon en aquel sitio, entregándose tranquilamente al apetecido descanso.

Al otro día, cuando Publius hizo recoger los cadáveres, se encontraron estrechamente enlazados los de Domicia y Valéria y tendidos sobre la tierra. El venablo de un soldado las traspasó á un tiempo, cuando sin duda se mantenían abrazadas, reuniéndose en la muerte para exhalar juntas el último suspiro.

Así murieron estas dos vírgenes, mártires del patriotismo y de la fé. La una personificaba nuestra antigua Gália nacional: la otra era el símbolo de nuestra Francia cristiana.

La tradición, al conservar este recuerdo, ha dado á la roca, testigo y teatro de su doble martirio, el nombre de *La Roca de las dos hermanas*.

FIN.

(Traducción libre del francés.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

FÉ Y ESPERANZA.

Cuento dedicado á mi querida hermana la señora
DOÑA PILAR DE MENA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nuestra Señora del Valle.

Cercano á una población
De la manchega provincia,
En la falda de una sierra,
Al Norte de dicha villa,
Elévase un santuario

De arquitectura sencilla.

Dilatado soportal

En forma de galería,

De arcos macizos de piedra,

Conduce paso á la ermita.

Y descuellos esta fachada,

Con regular simetría,

En una hermosa esplanada

De risueña perspectiva.

A esta esplanada rodean

Ricos plantíos de olivas,

Que coronan los collados

Embellaciendo su vista.

Y en redor negros peñascos

Sobre el santuario se apiñan,

Que parece desplomarse

De la montaña vecina.

Y véñse las cortaduras

De la mano que atrevida

Las murallas levantó,

Talando la piedra viva.

Hermoso aspecto presentan

Contemplados de su cima

Los poblados olivares

Y las feraces campiñas.

Y la mirada tendiendo

Más lejana, se divisa

La población reclinada

Al pie de la sierra misma.

Añosos y espesos álamos

Prestan sombra á la ermita,

Y un pequeño huertecillo

Gratos perfumes le envía.

Tienen sus alrededores

Encantadora alegría,

Y del templo el interior

La paz y la calma inspira.

Compónese de una nave

Anchurosa y estendida

En la mitad del terreno

Por una verja partida;

Y en la parte superior

Recibe la luz del día

Por la cúpula que en frescos

Encuéñtrase enriquecida;

Y tres modestos altares

Que guardan gran simetría,

En los lados y en el medio

La Religión simbolizan.

En el principal se vé,
Bajo sencillas cortinas,
De la Santísima Virgen
Una imágen peregrina.

Consoladora de tristes
Y eterno alivio de cuitas,
Muestra en su pobre mirada
La dulzura de María.

Tiene á Jesus en sus brazos
Que con infantil sonrisa
Concede á su intercesion
Las gracias que la suplica.

Pendientes de las paredes
Hay tablas que nos espican
Los milagros que la deben
Los devotos de la villa,

Y muletas y mortajas
Por la mano conducidas
De los que, desesperados
De la humana medicina,
Con fé volvieron los ojos
Hacia María Santísima.

Arde cera en profusion
Por la piedad encendida
De la multitud que acude
Reverenciosa y contrita.

¡Dichoso el pueblo que tiene
Arraigada la semilla
De religiosas creencias
De nuestra fé primitiva!

¡Y dichoso el que al sufrir
Alza los ojos arriba:
Y en Dios pone su esperanza
Y en Dios pone sus fatigas!

(Se continuará.)

LORENZA CARRASCO.

MORAL.

EL RESPETO Á LA FAMILIA.

Vivimos en un siglo, mis queridas señoritas, en que parece que por los adelantos de la civilización nos creemos relevados de practicar ciertos deberes, que fueron el cimiento de la buena educación de nuestros antepasados, y serán siempre la base del bienestar de las familias.

El amor respetuoso á los padres y encargados de formar nuestro corazón redunda en beneficio nuestro, y el prescindir de él nos espondría á

estar mal colocados en la sociedad, que reclama el cumplimiento de todo lo que es justo.

He tenido el disgusto de contemplar con cuán poca indulgencia trataban algunos hijos mal educados á los autores de sus días, creyéndose dispensados del respeto tan encarecido, hasta el extremo de desatender sus consejos por suponerse superiores á ellos en talento ó instrucción, esponiéndose á cometer indiscreciones que pudieran ser de graves resultados, y pagando el beneficio de la educación que les proporcionaron con la ingratitud de creerlos ignorantes.

Yo os considero, amables lectoras, impregnadas de las mejores ideas de moral: así es que no creo, ni hablar con vosotras en este caso, ni tener que esforzarme en encareceros hasta qué punto debemos cariño y obediencia á los que nos dieron el ser; que tanto se esmeran para ponernos en estado de brillar, y que no tienen más anhelo que nuestra felicidad. Por otra parte: ¿cuánto no hemos molestado á nuestra pobre madre, que no ha sido dueña ni de su sueño durante nuestra infancia, ni ha hecho más que contener hasta su aliento para escuchar si el nuestro respiraba con libertad? ¡Cuántos sobresaltos con nuestros juegos; cuántos cuidados con nuestra salud; cuántas incomodidades por complacernos! Conoceis esto, mis queridas señoritas, y amais obedientes y respetuosas á vuestro padre, que no descansa por asegurar vuestro porvenir: á vuestra madre, que previene vuestros deseos, vuestros caprichos.

Amáis asimismo á vuestros hermanos; cedeis por conservar la paz en la familia, acreditando vuestra buena educación, de la que estais orgullosas: lo sé bien, y me doy desde luego el parabien de que solo escribo estas líneas para haceros saborear la satisfacción de vuestra conciencia.

Amáis y respetáis también á vuestros maestros, á los que iluminan vuestro entendimiento y os adornan de tantas gracias que os hacen tan queridas de vuestra familia, tan amables á cuantos tienen la dicha de conocerlos. Yo también os amo; y este sincero sentimiento hacia vosotras, me impulsa á dedicaros este artículo, dictado por el deseo de vuestra felicidad, que será la recompensa de mi celo.

JOAQUINA DE CARNICERO.

REVISTA DE LA SEMANA.

Album de LA VIOLETA.

Escasa de novedades está la coronada villa. Jamás hemos visto cruzar el tiempo con tan soberana monotonía.

A los grandes chaparrones han sucedido magníficos días de sol, y el Retiro y la Castellana se han visto favorecidos por una concurrencia numerosa, que estereotipaba el buen gusto de nuestra sociedad elegante.

Hemos tenido días de sol. ¡Días de sol! ¡Qué dulcísima mentira para el corazón humano! ¡Qué deliciosa verdad para nuestros pobres sentidos!

Un día de sol en Madrid es la revelación de las más inefables alegrías.

Bajo este cielo azul y diáfano, que centellea de hermosura, respirando este aire sutil que mata cuando se embravece, y refresca el alma cuando se desliza mansamente en el espacio, un día de sol es todo un programa de delicias sin número.

Preguntad á un amante que sueña lo que significa un día de sol.

Recorred en un día de sol la Castellana, el Retiro, la Montaña del Príncipe-Pío, el Canal y el Campo del Moro, y estamos seguros de que el espectáculo os disipará el *spleen*, siquiera hayais nacido en Holanda ó á orillas del Támesis.

Y hay razón: el día de sol divide por círculos nuestra sociedad; forma de ella media docena de limbos que se prestan á una estadística interesante.

A la Castellana se refugia la familia feliz, es decir, la familia opulenta, que se aparece allí bajo el aspecto grave de la más severa disciplina diplomática.

Al Retiro suelen ir las familias en quienes se conserva todavía la tradición artística de la patria, derramada en aquel magnífico jardín por la mano fecunda de Felipe IV.

A la Montaña del Príncipe-Pío suelen ir las familias que viven del Tesoro, es decir, los empleados públicos, y sus adorables hijas.

Al Campo del Moro suele ir la familia *grisette*, emperatriz de la crinolina, que conserva incólume y viva la tradición del Malakoff y de las muselinas almidonadas.

Esta familia lleva de escolta un escuadrón universitario, aficionado á jugar á los barquillos y á comer castañas asadas.

Por fin, al Canal suele ir en cuerpo y alma todo el barrio del Mediodía de Madrid, aficionados á la caza de monas, caza soberana que reasume la civilización en una botella.

Suspendemos esta descripción, porque en este momento nos interrumpe la voz de un ciego que entona villancicos.

Es la voz de una vieja cigarra; pero nos trae á la memoria un delicioso recuerdo.

Nos recuerda que la Noche-Buena vá á llegar. ¡La Noche-Buena! ¡La Noche-Buena!

Soberbio programa.

Ya estamos adorando en perspectiva las hermosas pirámides de turrón de la Plaza Mayor, y los magníficos canastos de besugos de los maragatos.

El turrón sobre todo: somos apasionados de él con *furor*, siquiera por no marchar contra la corriente.

Creemos firmemente que no hay manjar más aperitivo.

La experiencia diaria lo evidencia así: no hemos conocido jamás indigestiones de plétora de turrón.

Nuestros teatros se disponen á festejar la Navidad con comedias de circunstancias.

Estéril ha sido hasta ahora la temporada teatral; pero no dudamos de que las empresas se esforzarán en lo sucesivo por ofrecernos algo nuevo.

Sin embargo, en Variedades se ha estrenado una comedia en tres actos y en verso, escrita sobre el pensamiento de una obra francesa, por D. Luis Mariano de Larra.

Plácenos consignar en esta revista que el Sr. Larra ha hecho un apreciable trabajo.

La versificación es fácil, ligera, chispeante, aunque no demasiado correcta.

Se titula esta obra *El hombre libre*, y está encaminada á poner en relieve que la soñada independencia del hombre, es decir, su anhelo de escapar todas las obligaciones sociales es una pobre mentira.

Como se vé, lleva un objeto; contiene una filosofía.

Esto es recomendable ya, solo por el espec-

táculo de esterilidad que nos ofrece la escena; pero el Sr. Larra, ó más bien el autor francés, se han quedado á medias en el pensamiento.

No basta presentar el desengaño de un hombre que suspira por esa independencia egoísta, que todo lo traduce hoy por desgracia en beneficio de la materia olvidando al alma, es preciso enseñar que la independencia de este género arroja á la sociedad en brazos del estrago, conduce á saborear amargos escarmientos, engendra la vida bárbara de los sentidos que se compra á costa de muchas lágrimas.

Por lo demás, el Sr. Larra ha hecho una obra aceptable por todos conceptos, en la que el Sr. Romea hace un papel bastante acomodado á sus facultades.

En el teatro de Oriente se ha ejecutado la *Lucrecia*, de Donizetti.

Mad. Lagrange rayó á la altura de su reputación artística, interpretó esta grandiosa creación con admirable maestría. No sucedió así á Bettini en la parte de Genaro.

El Sr. Bettini no pudo concluir el *spartito* como le empezó, porque sus facultades no se lo permiten ya, porque así como el célebre Mário, se halla ya en el ocaso de su vida de artista.

Tenemos entendido que en aquel coliseo se ha recibido ya de San Petersburgo la partitura de la ópera última de Verdi titulada la *Forza del destino*, cuyo asunto es el mismo del drama español *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, magnífica creación del duque de Rivas.

Se espera á Verdi á principios de enero para que ensaye su obra en aquel coliseo, razón por la que los aficionados á la música están de enhorabuena.

En el Circo se ha estrenado una zarzuela en tres actos y en verso, original del Sr. Cuevas, con música del Sr. Reparaz.

Es una obra que no se puede criticar seriamente.

Rica en la forma, en algunas situaciones, vulgar y chocarrera en otras, forma un tufi de pésimo efecto, una especie de arabesco raquítico, que consigue aplausos y silbidos.

El argumento pertenece á un género que propiamente debería llamarse estrago literario, deformidad sin apellido, á quien no puede salvar la forma sin los efectos artísticos.

En esta obra se trata de un hombre que toma al matrimonio por instrumento para robar al padre de su futura.

Sin que la crítica tenga necesidad de examinar esta filosofía, sin que destrocemos para nada esa ruin psicología, considerando la obra en cuestión como de índole anecdótica y convencional, la rechazamos con energía, porque no se puede engastar en las formas de lo bello, porque se roza con el peligro á cada paso, porque todo lo que escape de la bondad y de la verdad, está fuera del campo del arte, y tiene que ser, ó insípido, ó duro hasta la repugnancia.

Sin embargo, con algunas situaciones del libreto palpita el alma de un poeta, alma virgen, que aspira á remontarse, y que á cierta altura se desploma, por llevar alas de cera como otro Ícaro.

Queremos decir con esto, que el Sr. Cuevas, por mejor camino, y con más sana intención, puede hacer más para lo porvenir, y que con paciencia, y animado de la gran fé del artista, conseguirá más segura recompensa que la que puede producir una obra tan efímera como la *Niña de nieve*.

Es lástima que el Sr. Reparaz escriba sus obras con tanta precipitación: en todas ellas parece dominar una especie de fiebre que no es la buena inspiración, sino el delirio con ráfagas de luz, el estrabismo con suspensiones grandilocuentes.

Este teatro se vá haciendo célebre por la informalidad que reina en sus estrenos.

Un periódico le ha comparado á las plazas de toros; y nos parece que honra esto muy poco á los que figuran al frente de la empresa.

¿Cuándo nos hemos de convencer de que el *puf* y la excesiva pasión de los amigos de los autores no conduce á otra cosa que á desprestigiar las obras, á derribarlas por su base, á reducirlas á la peor condición de todas las cosas, que es el *fiasco*, el desprestigio y la vulgaridad?

¿Cuándo nos hemos de convencer de que es imposible imponer al público sensato obras que repudia la sana razón y ese criterio infalible que se llama el sentido común, y que no parando mientes en los pequeños defectos se apodera de los grandes y pronuncia fallos inexorables, que

adquieren el magnífico carácter de la evidencia?

Los que piensan que el testimonio de la mayoría del público es menos importante que el de una *claque* mercenaria, se engañan lastimosamente, porque nuestro progreso actual se distingue de todas las épocas por el ensanche de la razón, por el triunfo del juicio sobre la soñolencia del espíritu aletargado.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

MODAS.

Correo de señoritas.

Se acercan las Pascuas, amables lectoras; y no obstante que se nos anuncia tiempo vário, no será tanto ni tan caprichoso como la moda, y permitirá á las damas elegantes de la coronada villa ostentar los magníficos trajes que se anuncian para estos días.

Nunca se presenta la moda vestida con tanta riqueza como en esta época del año: los terciopelos, el *moiré-antique*, el *glasé* con grandes ramos, los piqué de seda, son los llamados á realzar las gracias de la mujer durante estos dos meses. Los comerciantes de la calle de Espoz y Mina y de la del Carmen, nos ponen de manifiesto en sus escaparates telas de alta novedad. Yo he tenido el gusto de ver el precioso surtido que acaba de traer Navarro (Espoz y Mina, número 6 triplicado), donde se encuentra todo lo más bonito y de más gusto que puede imaginarse.

Muchos y variados son los trajes de estos días; pero como más elegante, citaré uno de color violeta con grandes ramos de terciopelo negro y seda blanca; falda lisa, plegada á tablas con dos órdenes de lazos de pasamanería en forma de delantal; cuerpo montado, figurando chaleco, cortado de modo que los ramos del pecho hagan buen efecto, y cerrado con botones; manga entre ancha, de codo tambien, adornada con lazos de pasamanería, más pequeños que los de la falda.

Sobre este vestido vá bien una çapa de terciopelo negro con tres encajes de guipur de una tercia de ancho, cubriendo las puntadas un adorno estrechito de pasamanería. Cuello y pu-

ños de encaje. Sombrero de terciopelo negro, el ala de tul claro, cubierta con un encaje blanco y otro negro, de unos ocho centímetros de ancho; en medio de estos dos bandós un fleco de pluma, que arranca desde el lado derecho de *baboret* y se une en el centro superior del sombrero con una rosa; *baboret* de terciopelo con una blondita rizada al borde: el bandó formado de blonditas, una blanca y otra negra en figura de *z z z* y cojidas con una rosa; bridas color de rosa.

Tambien es de mucho gusto un traje de piqué de seda color de habana con motitas negras, adornado todo el bajo de la falda con dos órdenes de terciopelitos negros de un centímetro de ancho por siete de largo, puestos sesgados y dejando un espacio de tres centímetros entre cada uno; bolsillos de cartera, tambien con terciopelo; cuerpo alto, formando punta por delante, y tres faldoncitos por detrás; manga ajustada, adornada lo mismo que el cuerpo, con terciopelo imitando el adorno de la falda. Americana de terciopelo.

Los sombreros no son elegantes más que de terciopelo; y al traje que llevo descrito debe ponerse uno todo tendido con un lazo de blonda blanca al medio encima del ala, cojido con un grupo de capullos de rosa. Este lazo forma dos caídas que vienen á parar al lado derecho del sombrero; bridas blancas; bandó formado de terciopelo y capullos de rosa.

En el próximo número hablaremos de trajes de baile, y me ocuparé tambien de las niñas, tiernos ángeles, á quienes tanto amo y me gusta ver alegres y bulliciosas ostentar con toda la gracia que es natural en sus pocos años, todos los caprichos de la moda. Mientras llega este momento tan grato para mí, solo me anima el deseo de agradar á mis lectoras.

AMALIA DIAZ.

ADVERTENCIA.

La esplicacion del pliego de dibujos que re-
partimos con este número irá en el inmediato.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1862.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pro-
fesor de los Consejos, 3, principal.

gro, el
blanco
de an-
eco de
ho de
l som-
lo con
rmado
figura
s color

de pi-
egras,
órde-
tro de
dos y
entre
n ter-
delan-
justa-
con
Ame-

ue de
debe
londa
on un
a dos
o del
lo de

rajes
iñas
gusta
da la
todos
ese
ma el

e ré-
iato.

retu



Faustina Saez de Melgar

Ayuntamiento de Madrid